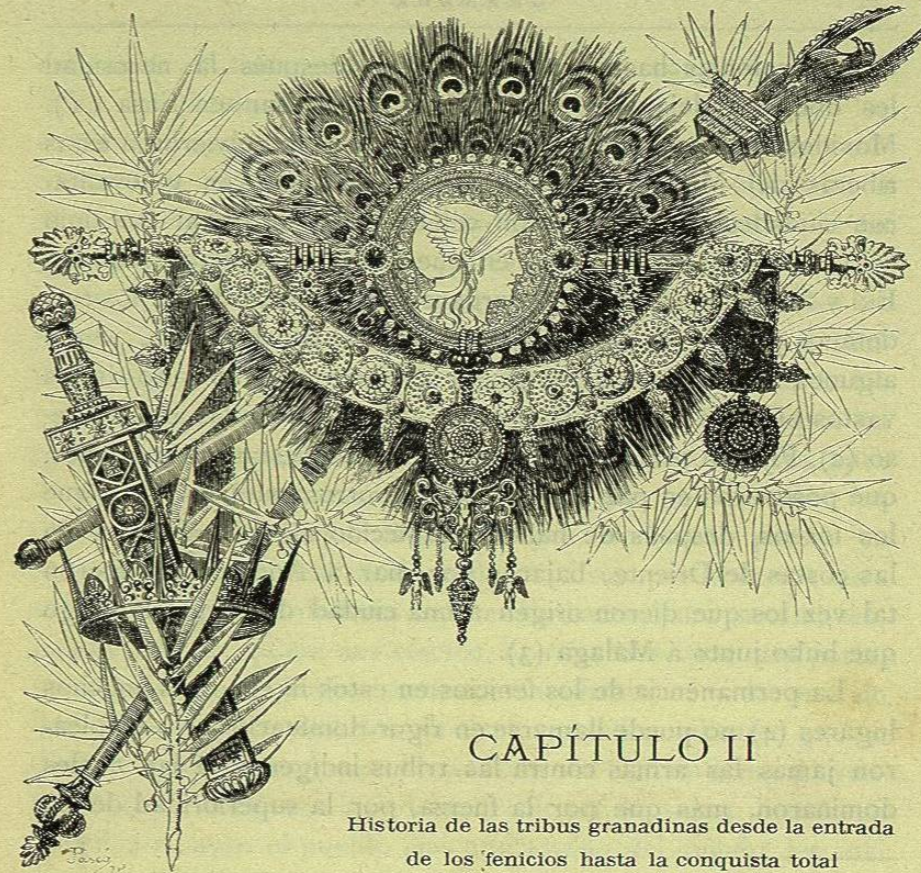
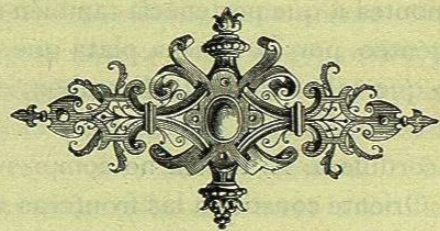


Córdoba; los que vivían más al occidente, del de Écija; las otras dos tribus, del de Cartagena, uno de los de la Tarracense. Esos límites están aún descritos con vaguedad, mas no creemos necesario descender á más detalles.

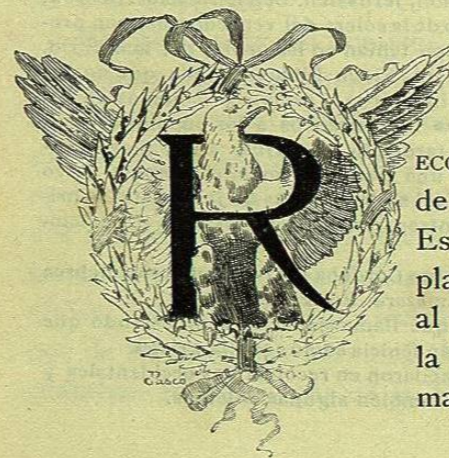
La reforma hecha por Constantino es también en este lugar poco digna de examen, porque apenas alteró la geografía de estas tribus. Los oretanos y los bastitanos pasaron á la provincia Cartaginesa (1).

(1) El lector habrá observado lo escasos que hemos sido en citar á los autores de cuyas obras hemos sacado las noticias que preceden; lo hemos creído inútil, porque á querer hacerlo, hubiéramos debido repetir las mismas citas al fin de cada cláusula. Baste saber que para la redacción de este capítulo hemos tenido con especialidad á la vista el lib. 3.º de Estrabón, la Conducción Geográfica de Ptolomeo, el libro 3.º de la Historia Natural de Plinio y el 2.º de Pomponio Mela.



CAPÍTULO II

Historia de las tribus granadinas desde la entrada de los fenicios hasta la conquista total de España por los romanos



ECORRIENDO los fenicios las costas de África, créese que dieron con el Estrecho y desembarcaron en las playas de estas tribus. Admiróles al parecer en ellas la fecundidad de la tierra y la hermosura del cielo; mas no las escogieron para asiento

de sus colonias hasta que tres siglos después la necesidad les obligó á dejar las poblaciones que tenían en Siria (1). Movidos entonces por la voz de sus oráculos, volvieron á estas riberas del Mediterráneo, donde se establecieron y levantaron ciudades que se hicieron célebres. Ocuparon al principio sólo el país de los bástulos, en que fundaron Málaga, Abdera, Exi y Salambina; pero no tardaron en dirigirse al de los turdetanos y al de los túrdulos, cuya capital construyeron, según algunos escritores, para recoger y aprovechar el fruto de los vastos olivares que cubrían como ahora las orillas del Tarteso (2). Fijaron principalmente su morada en estas tres regiones, que poseyeron en paz y sin mezcla de otros pueblos hasta que los focos, después de haber establecido algunas colonias en las costas de Oriente, bajaron por mar á Andalucía, y fueron tal vez los que dieron origen á una ciudad de carácter griego que hubo junto á Málaga (3).

La permanencia de los fenicios en estos ni en otros muchos lugares (4) no puede llamarse en rigor dominación. No emplearon jamás las armas contra las tribus indígenas, á las cuales dominaron, más que por la fuerza, por la superioridad de su

(1) Dios había prometido á Abraham hacer á sus descendientes dueños de la tierra de promisión, que era el rico país de Canaán y la patria de los fenicios. Josué, en cumplimiento de esta palabra, entró á mano armada en ella, y ganó una tras otra las ciudades de Jericó, Har, Gabaón, Jerusalén, Betel, Yerimot, Hebrón, Gader y Laquis, cuyos habitantes, huyendo de la cólera del vencedor, bajaron precipitadamente á las que ya de mucho tiempo tenían en las orillas del mar Sirio. Rebosaron de población con este motivo Tiro, Sidón, Biblos y Arada, que no pudiendo contener al fin á los vencidos, les indujeron á establecer colonias en los países que ya conocían. Pasaron entonces los Cananeos á los pueblos septentrionales del Ática y del Peloponeso, no tardando en arribar á las playas españolas, cuyo recuerdo conservaban por una tradición no interrumpida. Tuvo lugar esta segunda expedición á mediados del siglo xv antes de Jesucristo; la primera se calcula que en el xviii, en que se entregaron los fenicios á las expediciones marítimas más aventuradas.

(2) Fúndase esta opinión en que la palabra Córdoba deriva de una raíz hebrea ó fenicia, *Corteba*, que significa prensa ó almazara. ROMÉY, t. I. cap. I.

(3) Estrabón nos habla de esta ciudad que llama Menaces, manifestando que no se la debe confundir con la de Málaga, tan fenicia como aquella griega.

(4) Establecidos ya en las costas no vacilaron en recorrer las occidentales y las orientales, donde se cree que fundaron también algunas colonias.

cultura y el trato continuo que con ellas tuvieron vendiéndoles los productos de sus artes, y tomando en cambio los frutos que con tanta abundancia arrojaba de su seno la naturaleza. No les exigieron nunca tributos, ni las obligaron á seguir su religión, ni les impusieron leyes, ni ejercieron por fin sobre ellas ninguna clase de poder político; antes las trataron siempre como aliadas, y se asegura que las consultaron en todos aquellos negocios en que podían darse por vejadas ú ofendidas. Era muy peligroso para ellos pretender el dominio de los pueblos con que deseaban entrar en relaciones. Una república que carecía, como la suya, de vínculos bastante fuertes para contrarrestar la tendencia á separarse que suelen tener los diversos elementos que la constituyen, no puede pensar en la conquista, cuya realización exige casi siempre la acción incesante y enérgica de poderes capaces de hacer sentir instantáneamente y donde quiera sus efectos. Los fenicios, por otra parte, buscaban sólo mercados para sus manufacturas; y les era sin duda más fácil encontrarlos en naciones independientes que en otras que, siendo esclavas, no podrían ver sino un arma de venganza en el arado con que debían cultivar la tierra. Siendo en aquellos tiempos el pueblo más adelantado del mundo, les bastaban, además, sus artefactos para cautivar gente sencilla y medio sumida en la barbarie: ¿con qué objeto habían de apelar á la conquista?

Sin proponerse el dominio de estas tribus lograron indudablemente satisfacer mejor sus deseos que los que después las invadieron á mano armada. Por muchos siglos sostuvieron aquí sin contradicción un comercio grande con los pueblos interiores, y mayor aún con los del Asia. Tiro, Sidón y otras ciudades de Siria mandaban naves á los puertos de los bástulos, ansiosas de trocar sus finísimas telas por el aceite del Guadalquivir, los metales de las sierras contiguas, el trigo de los campos de Sevilla y las hermosas lanas de los ganados que se apacentaban en las colinas de la Turdetania. Las aguas del mar de

Málaga estaban en todos tiempos cubiertas de embarcaciones que iban á cargar de la pesca salada de aquella ciudad, género tan celebrado entonces en Oriente como lo fueron después en Occidente los vinos generosos de la misma (1). Íbase y veníase del Asia en corto número de días, y presentaban todas aquellas costas meridionales vida y movimiento. Era ya muy decantada la riqueza de estas tribus, de la cual hablaron hasta los Profetas (2).

Con tan activo comercio llegaron pronto los fenicios á un alto grado de opulencia; mas no cabe por ello censurarlos. No levantaron como otros pueblos su fortuna sobre la ruína de los indígenas; los enriquecieron en lugar de empobrecerlos, los civilizaron en vez de degradarlos, los llevaron de día en día á mejor suerte. Les hicieron más productivos los frutos naturales, les iniciaron en el conocimiento de las artes, les abrieron el paso de los mares, les enseñaron á multiplicar por medio de la forma y del cambio el valor intrínseco de todos los objetos. Templaron las rudas costumbres que aún tenían, los acostumbraron á gozar de la dulzura de la paz á la sombra del trabajo, les comunicaron el alfabeto, sin el cual sólo una tradición vaga podía consignar y transmitir á la posteridad los progresos de la inteligencia, los aficionaron al cultivo de las ciencias, fueron por fin sus ayos y sus maestros (3).

(1) Malacha, en griego *Malaka*, significa la *ciudad de las salazones*. Malach en hebreo, y sin duda en fenicio, significa *salar*. ROMÉY, t. 1. cap. 1.

(2) Ezequiel dijo hablando á la ciudad de Tiro: «todas las naves de la mar y sus marineros estuvieron en el pueblo de tu negociación. Los de Persia, y de Lidia y de Libia eran en tu hueste tus hombres de guerra; el escudo y el morrión colgaron en tí para tu gala. Los hijos de Arad con tu hueste estaban sobre tus muros al rededor; y los Pigmeos que estaban en tus torres colgaron sus aljabas en tus muros; ellos colmaron tu hermosura. Los hijos de Tharsis que comerciaban contigo hincharon tus mercados con muchedumbre de todas riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.» (Profecía de Ezequiel, cap. 27.) Cuando habló el Profeta de los hijos de Tharsis, ¿no es probable que se refiriese á los Españoles, á quienes supone la tradición descendientes de aquel hijo de Noé? Las mismas riquezas de que les supone dueños ¿no parecen confirmarlo?

(3) La civilización de los turdetanos, tan decantada por los historiadores, no creemos que date de otra época más apartada que la del establecimiento de esos

No procedieron tan pacífica ni tan provechosamente con ellos los cartagineses, que llamados por los mismos fenicios en defensa de ciertas colonias amenazadas por los turdetanos, entraron en estas tribus como aliados, y acabaron por ser sus dueños y opresores. Los cartagineses eran también fenicios, pero de carácter y de índole distintos. Criados bajo el sol abrasador del África, tenían de ordinario mayor fuerza de voluntad y pasiones más enérgicas: eran más audaces, más resueltos, más amigos de vencer á punta de espada los obstáculos que se oponían á sus planes. Eran más orgullosos y sobre todo pérfidos, pues raras veces atendían á lo que exigen la amistad y la buena fe, y casi siempre sacrificaban sus sentimientos á sus intereses. Vivían, además, bajo un sistema político más vigoroso; constituían un solo pueblo, y estaban dominados por una aristocracia guerrera que podía hacer sentir su influencia en los más apartados límites de la República por medio de sus mismos individuos, dueños exclusivos del ejército y la armada. Puede en verdad decirse que se diferenciaban esencialmente de los demás fenicios: aquellos parecían nacidos y organizados para colonos, estos para conquistadores; aquellos para la súplica, estos para el mandato; aquellos para la paz, estos para la guerra.

Pronto manifestaron en España su carácter. Habían puesto apenas el pié en estos pueblos, cuando volviendo las armas contra los mismos que habían pedido protección, se apoderaron de todas las colonias fenicias, abriéndose paso con el ariete donde no pudieron con la espada, tratando con el mismo rigor á los asiáticos que á los naturales, y sujetándolos todos á la ley de los vencidos. Dominaron en breve á los bástulos, en cuyas ciu-

cultos asiáticos en nuestras costas. Los turdetanos estuvieron desde muy temprano en relaciones con los fenicios, y á ellos debieron, según la más fundada conjetura, las suaves costumbres y los adelantos literarios que tanta fama les dieron en la antigüedad. Viviendo bajo mejor clima que los demás pueblos, entrarían más pronto en la civilización, á ser ciertas las observaciones de Muller sobre la influencia del clima en los progresos sociales. (Véase la introducción de la *Historia Universal* de este célebre autor.)